

Martin Steffens

SERÁS UN HOMBRE

La virilidad como promesa 80

didaskalos



MARTIN STEFFENS

SERÁS UN HOMBRE

La virilidad como promesa



Imagen de cubierta: Rubens: Aquiles descubierto por Ulises entre las hijas de Licomedes
(1617-1618) Museo del Prado.

Primera edición: septiembre 2023

Traducción: Macarena Rivero

Edición: Felipe Carmena

© De la obra: Editions du Cerf

© De esta traducción: Ed. Didaskalos

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-5107-2023

ISBN: 978-84-19431-10-3

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	9
EL LEGÍTIMO DEMANDANTE	15
RETÓRICA DEL DERECHO	19
LA PESADILLA DE UN ÚNICO SEXO.	23
LA MUJER FRENTE AL HOMBRE	27
LÁGRIMAS DE IMPOTENCIA.	31
LA LUCHA DE SEXOS	35
EL MOVIMIENTO DE LAS LUCHAS	37
DESPRECIO	41
UNA PROMESA QUE CUMPLIR	45

CONSISTIR

COMBATIR	55
MURALLA	59
<i>ECCE NEMO!</i>	61
INFANTILISMO GENERALIZADO	63
EL PADRE PERDIDO	67
SER PADRE: ¿UNA FUNCIÓN?	71
EL SILENCIO DE LOS HOMBRES	75
SER FUERTE	79

TOMAR

ELOGIO AL PRÍNCIPE AZUL	85
ENALTECIMIENTO DE LA POSESIVIDAD	89
CONTRA EL AMOR LIBRE	93
COMPRÉNDEME	97
AMOR Y TRAGEDIA	101
¿HEDONISTAS FRACASADOS?	105
UNA IRONÍA MACABRA	107
GUERRA CIVIL	111
NUESTRA HERMANA, LA MUERTE	113

DIFERIR

PONER AL HOMBRE EN MAYÚSCULAS PARA QUITARLE TODO LO DEMÁS .	119
<i>BIG OTHER</i>	123
LA LIBERTAD EN LA NATURALEZA	127
LO QUE DEPENDE DE MÍ	137
LA HISTORIA DE TODAS, TODOS Y CADA UNO	139
CAER	143
POR LA CONSTRUCCIÓN, CONTRA EL CONSTRUCTIVISMO	147
NO SER <i>UNO</i> DEMASIADO RÁPIDO	149
NUESTROS LÍMITES	151
¿QUÉ ES SER UNO MISMO? EL HOMBRE PIRAMIDAL	155

SER PADRE

O UNO U OTRO	161
ATREVERSE A CAER	165

	<u>Págs.</u>
EL FIN DE LA MADRE NATURALEZA Y LA RENOVACIÓN DEL PADRE	167
CONTRA LA TENTACIÓN DEL BÚNKER: LA DESPEDIDA PATERNAL. .	173
YO SOY MI ORIGEN	179
EL PENSAMIENTO DE ENTENDIMIENTO FRENTE AL PENSAMIENTO DIALÉCTICO	181

LIBERARSE

CONTRA LA TENTACIÓN DE LA FRUTA VERDE: SOLTAR LA FRUTA QUE UNO LLEVA	187
EL VALOR DE LA VIDA COTIDIANA: LA SANTIDAD FRENTE AL HE- ROÍSMO	191

Introducción

El libro que tienes en tus manos no es ni un estudio científico sobre la virilidad ni un mero escrito a su favor. Se trata de una mezcla de razonamiento filosófico y anécdotas personales, de análisis y exhortación, de paciencia y hastío, de exégesis bíblica y literaria, y de apoyo en la cultura popular. Es, en definitiva, lo que denominamos un ensayo. Su objetivo es el de invitar a una determinada visión sobre el hombre en su relación con su cuerpo, con la mujer y con el mundo. Si tiene éxito, el ensayo será, como diríamos en *rugby*, “una transformación”, y este es un deporte sin duda conocido por su compromiso viril.

La materia prima de este ensayo es un texto escrito hace siete años “a cuatro manos”, como se suele decir¹. La primera

¹ Dado que únicamente utilizo algunos dedos al teclear, sería más exacto hablar de un texto escrito “a doce dedos”. El ensayo en cuestión fue publicado en 2015 por Éd. du Cerf bajo el título *Le Nouvel âge des Pères*.

parte está escrita por Chantal Delsol y evalúa la situación actual del feminismo contextualizándolo en la historia de la civilización occidental. Esta civilización está alimentada por textos antiguos, por el derecho romano y por aportaciones de diversa índole, y se originó en gran medida a partir del cristianismo, emergiendo de forma gradual y segura. Al origen de dicha civilización se lo denominó “Cristiandad”; a su final, “modernidad”. El cristianismo como religión o creencia personal no ha muerto, ni mucho menos. Como observaba recientemente Chantal Delsol, en China hay más católicos que miembros del Partido Comunista². En Europa, la fe de las generaciones más jóvenes está aún más viva, puesto que ya no tiene ningún barniz social. Sin embargo, el cristianismo ha sucumbido; nuestras relaciones afectivas, políticas y sociales ya no se organizan según el ethos cristiano.

En lo que respecta a la relación entre hombres y mujeres, la Iglesia ha trabajado por una igualdad, seguramente inimaginable (al menos a gran escala³) para las civilizaciones ajenas o anteriores a Occidente. Es cierto que se critica a la Iglesia por haber avanzado en el camino hacia la igualdad con pasos muy cortos, por no haberlo hecho nunca con paso firme y reivindicativo. Y es que, por mucho que haya un capítulo del evangelio titulado “Mujeres que ayudaron a Jesús”⁴, la Iglesia, como sabemos, no es un movimiento feminista. En tierra cristiana, la mujer se ha equiparado en dignidad al hombre muy poco a poco, de la misma mane-

² Véase C. DELSOL, “Après la Chrétienté”, en *Les amis des monastères*, 205. Enero, febrero, marzo de 2021.

³ Están, por supuesto, los casos de Diógenes el Cínico o de Epicuro que, de forma a veces provocativa, defendían la igualdad de sexos.

⁴ Véase el capítulo 8 del evangelio según san Lucas.

ra en que la esclavitud, paulatinamente, llegó a ser impensable y, por consecuencia, imposible. Así, san Pablo no prohíbe que haya amos y esclavos, simplemente exhorta (pero esto lo cambia todo) a que, en el ámbito cristiano, los primeros consideren a los últimos como lo que son a partir de ahora: hermanos en Cristo. Así, sin apoyo antropológico alguno, la institución de la esclavitud que era dura como la piedra y antigua como el mundo comenzaba a resquebrajarse. Asimismo, desde el inicio del cristianismo a la actualidad, la mujer, propiedad del hombre en la tradición romana, empezó a disfrutar de una libertad cada vez mayor. Las primeras en dar testimonio de la resurrección de Cristo fueron mujeres. Tanto es así que, a lo largo de nuestra historia, las mujeres no solo han sido declaradas santas, sino que han sido reconocidas como Doctoras de la Iglesia. En el marco del cristianismo, Catalina de Siena se imponía a los papas y el maestro Eckhart, probablemente la mente más brillante de su generación educaba a las beguinas. Finalmente, ya en el siglo XI, los obispos autorizaron a los sacerdotes a cerciorarse de la existencia de un consentimiento mutuo en los matrimonios, de que no fueran celebrados por imposiciones externas, por razones puramente materiales. No se trata de idealizar una época en la que el pueblo conseguía la igualdad a través de un sometimiento común: la sumisión de hombres y mujeres a una tierra que debía ser trabajada sin descanso y que solo le recompensaba a uno si se la colmaba con atención y sudor. Cabe lamentar que, en lo relativo a la relación entre el hombre y la mujer, confundamos a menudo el cristianismo con el modelo de burguesía de los siglos XIX y XX. La imagen del marido que lleva el pan a casa, donde lo espera su esposa complaciente, es un modelo burgués. Si añadiéramos a la ecuación anterior a las amantes del esposo, nos encontraríamos aún más lejos del ideal cristiano

de matrimonio. Afortunadamente, y aunque algunos cristianos de hoy en día, a veces lo olviden, el cristianismo no es lo que se dibuja del siglo XIX.

¿Qué sucede con el feminismo en la época postcristiana? La reivindicación de la mujer para ser igual al hombre en todos los ámbitos posibles ocupa el espacio político y publicitario. Sin embargo, no está claro que haya conquistado todas las opiniones: aunque todas las culturas coexisten, no todas provienen de nuestro mismo origen histórico. En las culturas holísticas, donde el grupo prima sobre sus miembros, los roles son más fijos y están abiertamente más jerarquizados. En lo que respecta a nuestra civilización, de acuerdo con Chantal Delsol, a la reivindicación feminista podría interesarle inspirarse en lo que el cristianismo, hoy en día muy minoritario y globalmente inofensivo, ha legado a la humanidad, y saber que únicamente se puede ocupar con satisfacción un espacio si se hace también hueco al otro. Así, si la mujer alcanzase la igualdad con respecto al hombre en todo lo que tiene de patriarcal, solo conseguiría ese “lugar bajo el sol”, del que hablaba Pascal, es decir, esa parcela de poder por la que cada uno compite con todos los demás, pero, si en vez de solo eso, se les diera la parcela entera, sin que entrase el hombre, la mujer se convertiría en prisionera de lo que antes tenía cautivo al hombre. Porque los hombres, cuando eran dominantes, no se engrandecían a causa de su dominación, por no hablar del dolor que les suponía ejecutarla. La dominación de la que hablamos pesaba demasiado para sus hombros. A la mayoría le disgustaba, aplastados por figuras patriarcales a las que se esforzaban penosamente en imitar. Además de eso, tenían que guardar constantemente las apariencias como habían hecho sus padres antes que ellos. La arrogancia con la que se comportaban es-

tos hombres se suavizaba a menudo, pero no podían permitirse que se les notara. Algunos se volvían locos, ebrios de su poder: cuando nada detiene al poder, cuando el padre es dueño y señor de su casa, los peores abusos son posibles. Otros se dejaban humillar continuamente y volvían su impotencia contra sí mismos o contra la mejor parte de sí mismos: sus esposas, sus hijos. Las mentes críticas de los siglos XIX y XX (Louis de Bonald, Karl Marx, Nietzsche e, incluso, Bourdieu) nos han enseñado que los propios dominadores son dominados por su dominación, que es la dominación de la que disfrutan la que los somete, de diferente manera, si bien no menos definitiva⁵. Así, la muy feminista Judith Butler advertía a sus compañeras de lucha que no es necesario “habitar dentro de las normas de dominación existentes para producir una subversión interna de sus términos”⁶.

⁵ Mientras que Louis de Bonald (1754-1840), en su *Teoría del poder político y religioso*, muestra que la cuestión de la posesión del poder no es segunda, sino secundaria, dado que es el propio poder el que posee (“constituye”, precisa él) al hombre por ser este último un ser social, Karl Marx señala en *Ökonomisches Manuskript*, sus manuscritos económicos de 1863-1865, que “el capitalista está en la misma relación de servidumbre con el capital que lo está el trabajador, aunque en el polo opuesto”. De este modo, Pierre Bourdieu concluye en que es en absoluto imposible que el sociólogo se extraiga por completo de las estrategias de poder, aunque las denuncie: “El sociólogo es un aguafiestas y un aguafiestas que pone en tela de juicio la mistificadora automistificación [...] del desinterés, de la gratuidad a través de la cual se ejerce la dominación específica de los intereses y las estrategias. Quien sabe y profesa que la autoridad no es más que una impostura legítima no está en la posición más conveniente para reclamar autoridad a partir de la denuncia de la impostura. Lo mejor que puede esperar es un mundo donde los augurios puedan mirarse abiertamente y reírse” (“Post-scriptum”, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Points Essais, p. 400).

⁶ J. BUTLER, E. LACLAU y S. ŽIŽEK, *Après l'émancipation. Trois voix pour*

No se trata de oponer los nuevos derechos de las mujeres a los antiguos derechos de los hombres, sino de imaginar cómo pueden confluír los derechos de las mujeres y los derechos de los hombres, por debajo o más allá de las relaciones de dominación que son, probablemente, inexorables.

penser la gauche, París, Ed. du Seuil. 2017, p. 186 (traducción de C. SARDOY y G. HOMS, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Argentina, Fondo de cultura económica de Argentina, 2004, p. 184).

El legítimo demandante

A la mujer del siglo XXI al fin se le reconoce sus derechos. ¿Se ha resuelto, así, el problema? Conviene, ahora, que nos detengamos en esta idea de “derecho”. En *La persona y lo sagrado*, Simone Weil afirma

El derecho no se sostiene más que a través de un tono de reivindicación; y cuando se adopta ese tono es porque la fuerza no está lejos⁷.

Simone Weil prefiere la noción de “justicia” a la de “derecho”. El derecho está diciendo con rotundidad: mi libertad termina donde empieza la del otro. Sin embargo, puesto que un derecho se reivindica, significa que, ante todo, mi libertad co-

⁷ S. WEIL, “La personne et le sacré”, *Écrits de Londres et dernières lettres*, París, Gallimard, 1957, p. 23 (traducción de J. L. PIQUERO, *La persona y lo sagrado*, Madrid, Hermida Editores, 2019).

mienza en ese punto en el que termina la libertad del otro. Esta es la lógica “comercial”, dice Simone Weil, del “lugar bajo el sol” de Pascal. La justicia, en cambio, afirma que mi libertad comienza donde lo hace la del otro. Porque nadie es libre si la posición no es justa. Por un lado, *afirmamos* nuestro derecho frente al del otro, como dos niños que se pelean por un juguete, como unos padres en trámites de divorcio que se disputan la custodia de sus hijos. Por otro lado, *buscamos* una justicia en la que, tanto tú como yo, ya tenemos reservado un hueco, una justicia en la que yo no tendría mi hueco si tú no tuvieras el tuyo.

La justicia, entendida como el reajuste de las relaciones con el fin de hacer prevalecer la armonía, no ignora, efectivamente, los vínculos de poder. Sin embargo, esta justicia sí prevé que se incluyan en un juego que precede a estos vínculos y salva los derechos de unos y otros de su delirio de omnipotencia. Nada establece el derecho que uno reclama para sí mismo, si el individuo en cuestión no se siente obligado por esta justicia que entiende superior a él. En otras palabras, sin el cuidado fundamental de la justicia, mi derecho no es más que un acto de poder. Hoy en día, esos derechos de los que el hombre disfrutó sin siquiera tener que reclamarlos, están acosando a la mujer por el deseo de poder. Esto último no es culpa de las mujeres que quieren alcanzar la igualdad, ni del feminismo. Es simplemente mecánico: en el momento en el que adoptamos la retórica del derecho, nos percibimos a nosotros mismos de forma no intencionada como un poder (y el poder ocupa, por naturaleza, todo el espacio del que es capaz). El matriarcado, si llegara a producirse, no sería otra cosa que un patriarcado, con la particularidad de la alteración de la primera letra del concepto. O, más bien, la idea de la mujer en el poder supone la de un patriarcado femenino. Lo que se echa

en falta en todos los casos es el vínculo. Lo que se hunde bajo mi insignificante derecho es la posibilidad de hacerte un hueco.

Si la noción de derecho sugiere la primacía de la relación de poder, entonces, la misma noción prohíbe, finalmente, la preeminencia de la relación sobre los términos que vincula:

si se le dice a alguien capaz de entenderlo: “Eso que me haces no es justo”, podemos tocar y despertar la fuente del espíritu de atención y de amor. No sucede lo mismo con palabras como: “Yo tengo derecho a...”, “Tú no tienes derecho a...”; éstas encierran una guerra latente y despiertan un espíritu de guerra. La noción de derecho, situada en el centro de los conflictos sociales, vuelve imposible de un lado y desde el otro cualquier matiz de claridad⁸.

⁸ *Ibid.*, p. 26.

Martin Steffens, un filósofo comprometido con la verdad, se da cuenta del momento actual que vive el varón, y se para a reflexionar sobre su situación, su relación con la mujer y su futuro, bajo la clave de varias palabras que nos orientan hacia un camino del varón en la sociedad: consistir, tomar, diferir, ser padre y liberarse.

El libro que tienes en tus manos no es ni un estudio científico sobre la virilidad ni un mero escrito a su favor. Se trata de una mezcla de razonamiento filosófico y anécdotas personales, de análisis y exhortación, de paciencia y hastío, de exégesis bíblica y literaria, y de apoyo en la cultura popular. Es, en definitiva, lo que denominamos un ensayo. Su objetivo es el de invitar a una determinada visión sobre el hombre en su relación con su cuerpo, con la mujer y con el mundo. Si tiene éxito, el ensayo será, como diríamos en rugby, “una transformación”, y este es un deporte sin duda conocido por su compromiso viril.